



ABRIL DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

VIAJES EXTRAORDINARIOS

DE SIR JOB, DUQUE

En wagón.—Veracruz, de día y de noche.—Paseos en bote.—Viaje alrededor de las veracruzanas.
Bailes y Banquetes.—A bordo del "Tamaulipas."

A JESÚS E. VALENZUELA.

EN WAGON.

*Ya amanece.—El sol y los volcanes.—¿Quiénes vamos?
—Los llanos de Apam.—Tomen ustedes cognac.—En
Esperanza.—Las cumbres.—Escenas de túnel y otras.
—Mortis imago.—Orizaba y Córdoba.—¿En dónde
dormiremos? —Ecco apparir Jerusalem si vedet! —
¡Buenas noches!*

La mañana es tan blanca, rubia y delicada, como un bebé inglés de buena casa. Está primero dormidita en su colchón azul, con estrellas de plata; luego, entorna los párpados, se mueve, deja ver sus pupilas de «no me olvides,» alza el brazo y abre muy poco a poco las cortinas de su cuna, hechas con ese encaje de Bruselas, al que llama neblina Mariano Bárcena, y con el que hacen mantillas las modistas del cielo, cuando las vírgenes quieren vestirse de andaluzas.

Las estrellas, que en las solemnes horas de la noche tienen la claridad del oro pulido, en la madrugada parecen diamantes engastados en arillos de plata, como las alhajas de nuestros abuelos. Gradualmente, la quietud nocturna se va rompiendo aquí y allá para abrir paso á los sonidos, á manera de un río negro á cuya superficie van saliendo muchos peces. Por allá rompe la atmósfera, como un dardo puntiagudo, el quiquiriqui de los gallos; acullá gorjean los pájaros, pidiendo su desayuno. Durante las horas graves de la noche, hasta los árboles están dormidos. Es preciso que sople un viento fuerte para que agiten sus brazos y lancen voces ó quejidos: entonces tienen pesadilla. Mas, si ninguna ráfaga tempestuosa les sacude, duermen de pie, y sólo se escucha la amplia respiración de sus pul-

mones. Es necesario que comience á clarear, para que recobren sus apariencias de vida. Entonces baja de la montaña un aire fresco: es el paje que viene á despertarles, llega cantando, cosquillea las ramas y al punto se estremecen los árboles, aspiran el rocío de la mañana, y dejan que los pájaros se escapen de su fronda, como una turba de sueños, huyendo despavorida del cerebro.

Ya la cima de los montes
El sol baña con sus rayos,
Y ya resonar se escucha
La esquila de los ganados.
¡Oh mi bien! ¡mi corderilla!
¡Mi sol, mi amor y mi encanto!
¡Cuánto por mirar daría
Otra vez tus ojos claros!

Yo con atención inquieta
Los tristes ojos levanto:
¡Adiós, niña de mi vida,
Ya de este país me marchó!
¡Vana esperanza! no veo
En las rejas de tu cuarto
Blanco visillo correrse
Sobre los cristales claros.
Ella reposa; le presta
El sueño dulce descanso;
Probablemente sonrío
Con mis amores soñando.

* * *

En la ciudad tiene la madrugada aspecto diferente. En las primeras páginas de «M. de Camors» describe Octavio de Feuillet á maravilla el despertar de París. Yo no intentaré la misma empresa. Unos volviendo de las cenas y los bailes, otros encaminándose al embarcadero de un ferrocarril, ó yendo de caza con la escopeta al hombro, hemos asistido al curioso espectáculo del amanecer. La campana de Santa Teresa llama á la primera misa que se celebra en las iglesias de México. Algunas cantinas y tendajos de infima clase abren la puerta, dejando ver las mesas de palo blanco en donde humea el café. Los barrenderos limpian las aceras, presididos por el gendarme que, con la capucha calada, presencia desde la esquina sus maniobras.

Allí va el carro del lechero, despertando á los vecinos de sueño frágil con el sonido de sus tarros de hojalata. Algunos zaguanes se entornan: aquella señora de tápalo pardo, va á la primera misa; ese que lleva á cuestras su maleta, se dirige á Buenavista ó á San Lázaro. Los cocheros se desayunan en torno de las mesas que se sitúan en los portales. Varios fiacres, con los faroles encendidos, cofren al embarcadero de los ferrocarriles. Por los barrios, y aun por algunas calles céntricas, pasan mugiendo las vacas que conducen á la ordeña. No es remoto que encontremos á algún ebrio tambaleando en las aceras; mas en cambio, devotos y devotas aguardan, en la puerta de la iglesia, á que abra la cancela el sacristán. Entrad en el templo. Casimiro Collado ha descrito admirablemente el aspecto de la casa de oración en tales horas.

Sombrío el templo está: del alba luchan
Los rayos con la lámpara oscilante
Que ilumina el altar;
Y entre el silencio lúgubre se escuchan
Los pasos de un anciano vacilante
Que madruga á rezar.
Poco á poco la luz por las ojivas
Ventanas entra; cae y resplandece
Del templo en la extensión;
Repliéganse las sombras fugitivas,
La bóveda profunda se estremece
Del bronce sacro al són.
Huye azorado el pájaro nocturno,
Por la luz y el estruendo sorprendido
Donde sacia su sed;
Mientras otro volátil, taciturno,
De la gran puerta al áspero ruido
Salta por la pared.
Ya con solemne lentitud arrastra
Un sacerdote el fúnebre ropaje
Por la nave al cruzar;
Ya de hinojos al pie de una pilastra
Mírase envuelto en desgarrado traje
Á un mendigo temblar.

* * *

Para completar el cuadro de la madrugada, hay que asistir al paradero de una vía férrea. Allí es mayor el movimiento. Los coches llegan cargados de maletas y equipajes. Una turba de pilluelos se agolpa á las

portezuelas disputando los bultos que han de llevarse á los wagones.

Los papeleros vocean «La Libertad» y «El Monitor.» En la oficina de equipajes, alumbrada todavía con luz artificial, se pesan continuamente baúles, mundos y maletas. La romana gruñe, y los pasajeros, temerosos de que salga el tren sin ellos, se empujan, se codean y se magullan. Por fin, con el saco de viaje en la mano, pasa usted la rejilla y entra en el andén. Allí son de ver el hormigueo de los mozos cargados de fardos, sacos y mundos; la confusión babilónica de gritos, saludos, despedidas, campanadas, silbidos, interrogaciones é interjecciones; las escenas grotescas ó dramáticas de familias que se disgregan é incompletan con los viajes; los encargos de á última hora, y las conversaciones desde el ventanillo. La locomotora, el negro caballo del imperio del hierro, se dirige á su bebedero para saciar su sed y refrescar sus entrañas hirvientes. Los wagones abren sus puertas para tragarse, como antropófagos, á los pasajeros; de repente, ligera como una pluma y pesada como una montaña, pónese en movimiento la serpiente de hierro; la locomotora hace un esfuerzo, mueve sus patas circulares, lanza resoplidos y surtidores de vapor, arranca los pesados carruajes de su inercia, separa manos que se estrechan con efusión, rompe los hilos de diamante que unen tantos corazones y se pierde á lo lejos, mientras sacuden los viajeros sus pañuelos asomados á los angostos ventanillos. ¡Qué triste es tal instante cuando se va al extranjero, sin saber el día del regreso! Los que se van permanecen mudos y sombríos hasta perder de vista la estación; los que se quedan vuelven á sus casas, enjugándose el llanto, y sin hablar una palabra, en el obscuro fondo del carruaje.

* * *

Por fortuna, ni voy desterrado ni me apeña la incertidumbre del regreso. Con dos amigos de buen humor subo al wagón y

procuro ganarme un buen asiento. ¡A Veracruz! ¡A Veracruz! ¿Por qué no tomo el tren oficial? En este punto, permitanme ustedes que guarde el secreto. Alguna vez, aun siendo periodista, he de observar escrupulosa discreción. Al cabo y fin, no era por todo extremo interesante que describiera menudamente los hechizos de ochenta ó cien barbudos, famosos en la política y las letras.

Los convoyes oficiales son idénticos. ¿Vieron ustedes uno? Pues han visto todos. Además, aquí vamos con señoras, lo cual nunca es de menospreciarse, sobre todo, cuando se trata de pasar catorce horas en wagón. No puedo darme cuenta aún de quiénes vamos. Hasta ahora, sólo sé que hemos entrado, Pancho Garay, Octavio Baz, una botella de vino del Rhin, dos de cognac, un «paté de foie-gras,» y yo. Con la venia de ustedes, cubro mi cabeza con el gorro de camino, me envuelvo en el amarillo guardapolvo, dejo á mis pies el protector zarpape, que en tantas correrías me ha acompañado, y tomo el primer sorbo de cognac. ¡Jesús! ¿qué ven mis ojos? ¡Valenzuela! Caí en sus brazos, aunque hubiera preferido caer en los de alguna mujer guapa, y lo estrecho con íntima efusión. ¡Bien empezaba el viaje, cuando tan agradable compañero iba á mi lado! Con Valenzuela puede irse al fin del mundo; primero, porque la buena estrella del joven diputado es un indicio de bonanza; segundo, porque mozo tan decididor, franco y resuelto, no se halla ni buscado con linterna. Juntos hicimos las primeras armas en las columnas de este mismo diario, que entonces no era tan gigantesco como ahora, y juntos hemos de estar en el Congreso, si Dios, el pueblo y el Gobierno lo permiten. Iba con Valenzuela un doctor en ciernes, muy simpático por más señas, y que se apellida Prieto, yo no sé por qué. Llevábamos, pues, un médico de cámara, muy capaz de salvarnos de cualquiera enfermedad, y más particularmente del vómito prieto, que por ser homónimo suyo, debe guardarle ciertas consideraciones. Hicimos un grupo aparte; y merced á tan buenos compañeros, guardé los libros y

la baraja francesa, que para distraer el tedio del camino había llevado.

Nada más triste, en verdad, que esos interminables llanos de Apam. Allí las primeras horas de la mañana, no tienen el color ni la frescura con que yo las pintaba algunas líneas más arriba. En cambio, son más solemnes é imponentes. En los amplios horizontes, se espacia la vista, y ningún bosque, ningún pueblo, ningún árbol la estorba en su carrera á las montañas. Estas, con el color azul que les da la distancia, se extienden formando curvas y ondulaciones caprichosas. Unas parecen los hinchados senos de una mujer azul; otras, la joroba de un monstruo marino. Entre todas, destacan majestuosas y triunfantes los dos volcanes: el «Popocatepetl» y el «Ixtaccihuatl»; la «Montaña que humea» y la «Mujer Blanca.» A ciertas horas, el «Ixtaccihuatl» parece una colosal estatua yacente. Aumentada extraordinariamente la idea que despiertan los siguientes versos de Becquer, y podréis figuraros el volcán:

En la imponente nave
Del templo bizantino,
Ví la gótica tumba á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios
Las manos sobre el pecho
Y en las manos un libro
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna del cincel prodigio.

Hay una hora, sin embargo, en que el volcán tiene otro aspecto: la hora del amanecer. El sol besa la nieve con sus rayos, y la Mujer Blanca se ruboriza. Parece una recién casada, aguardando en el lecho á que su esposo venga á darle el saludo de la mañana. Las colchas blancas cubren todo su cuerpo y cierran castamente debajo de la barba; pero dibujando el suave contorno de una rodilla redonda y la graciosa curva de los senos. El Popocatepetl es más severo. También muda de color y se enrojece cuando nace el sol. Está celoso, y la cólera caliente y agita su sangre. El Popocatepetl es el marido de la Mujer Blanca; el Sol es el amante. Cuando veáis que las nubes en-

vuelven á los esposos gigantescos, es que han corrido los cadentes cortinajes, para que ni los astros, ni los hombres, presencien sus fantásticos amores.

* * *

El viajero poeta va embebecido en la contemplación de los volcanes. El paisaje, como he dicho, no tiene accidentes ni detalles. Gautier decía que los árboles impiden ver el campo; por consiguiente, los monótonos llanos que se extienden desde México hasta Esperanza, le habrían enamorado y sorprendido.

En el wagón en que nosotros íbamos, estaban la señora de Manterola, cuya amabilidad y distinción son extremadas; la hechicera señorita María Ramírez, algunas otras damas cuyos nombres no supe, D. Juan de Dios Arias con su distinguida familia, el diputado Herrera, Alberto Morales Manso, que es un excelentísimo compañero de viaje, los tres Rubin, los Escandón, Tomás Morán y Manuel Javier Algara. El otro wagón y en un departamento reservado, iban Roberto A. Esteva y Fernando Trueba, con sus señoras. La señora Ruiz de Trueba está recién casada; iba, pues, á hacer el viaje de bodas y á vivir en la contemplación de dos inmensidades: la inmensidad del mar y la inmensidad del amor. Isabel, la señora de Roberto, llevaba un elegante traje de camino y un precioso sombrero de ala tendida á la Enrique III. Su rostro de duquesa de la época de Luis XV, formaba con el sombrero Montpensier un delicioso anacronismo.

* * *

Ya fortalecidos por un mediano almuerzo, continuamos el camino. Ya podía ver y admirar á mi sabor «El Pico de cristal de Orizaba,» como dice gallardamente Juan de Dios Peza. De cristal, es verdad, cristal opaco. A medida que se avanza en el camino, el Pico va cambiando de formas y

colores. Es como una mujer que no se entrega sino con resistencias y pudores: primero, alza su manga para que admiremos la redondez pulida de su brazo; después, levanta la enagua y deja á descubierto el breve pie; ya desnuda la morbidez de la garganta y suelta en largas hebras el cabello rubio; ya vuelve á recatarse y encubrirse, como una virgen friolenta al salir del baño. Cuando, por fin, se muestra en todo el esplendor de su blancura, los ojos quedan sorprendidos y admirados. ¿Recordáis la «Sinfonía en blanco mayor» de Teófilo Gautier? Siento no traducirla, porque es intraducible para aplicarla al Pico de Orizaba.

Sphinx enterré par l'avalanche
Gardien des glaciers étoilés
Et qui, sous sa poitrine blanche
Cache de blancs secrets gelés.

La parte interesante del camino á Veracruz, comienza en Boca del Monte. Desde allí todo es «horriblemente hermoso,» como decía Alfredo Bablot. No es un camino de hombres, sino un camino de águilas.

Los rieles van estrechando, en un abrazo ascendente, el cuerpo colosal de la montaña. Nada más atrevido ni más pintoresco. La vegetación es exuberante y enmarañada. Diríase que los pinos se preguntan, en el colmo del estupor, cómo han podido los hombres penetrar hasta su recóndito secreto. A ratos, el tren se columpia sobre un abismo, en cuyo fondo las casas parecen manchas de cal, y los árboles diminutos puntos negros. Yo pasé toda aquella parte del camino en la plataforma del wagón, y

con una chica muy guapa que se llama Luz; pero de buena gana me habría atado al barandal de hierro, como Ulises al mástil del navío. El vértigo se apodera de uno, y se siente la invencible necesidad de arrojarse al vacío. Los puentes suceden á los puentes, y los túneles á los túneles. A cada rato una boca negra, desdentada por fortuna, traga el convoy. Reiná la obscuridad durante algunos momentos; y al salir de ella, los novios repiten desconsolados aquel cantar de Campoamor:

Con tanto placer cruzamos
El tunel de Elda los dos,
Que al salir de él exclamamos:
¿No habrá otro túnel, gran Dios?

Al llegar á Orizaba, el camino se suaviza. Comienza la admirable vegetación de la tierra caliente; los plataneros, los cafetos, la caña de azúcar. Toda esa parte del camino debe pasarse leyendo la oda de D. Andrés Bello á la «Agricultura de la Zona Tórrida.» Quedan atrás las espantosas barrancas, los atrevidos puentes y los negros túneles. Parece que se torna á la vida. De cuando en cuando vuelve á pasarse algún minuto de terror; pero éstos son ya más raros y menos agudos. Por desgracia, en Córdoba comienza á oscurecer, y el manto negro de la noche cubre las bellezas del camino. Los párpados fatigados se cierran; el cuerpo busca una postura cómoda, y en esta guisa se llega á Veracruz. ¡Santo Dios! ¡si nos habrán guardado alojamiento!...

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Continuará).





HORAS DE AUSENCIA

Puntito de oro de los ojos negros
que inspiraron al viejo Donizetti;
fugas, *staccatti* y líricos *allegros*,
y á los poetas mágicos *concetti*.

Ojos que fueron iluminaciones
en las cálidas noches de verbena,
y fueron siempre las inspiraciones
de los piropos á la sal morena.

Ojos que promovieron tempestades
en castos corazones juveniles;
ojos llenos de extrañas claridades,
claridades celestes y sutiles. . . .

Ojos que en las alegres romerías
fueron delicia de los bailarines;
que dieron musicales alegrías
al quejido fugaz de los violines. . . .

Encanto de las tardes de verano,
que se ven declinar en la campiña;

los rayos del poniente sol lejano
desmáyanse en los ojos de la niña.

Ojos de imperturbable y tierno encanto,
ojos de claridad y celestía;
ojos cuya lumbrera dura tanto
como en el valle el declinar del día. . . .

Ojos ante los cuales exhalan
todos los amadores locas quejas;
ojos de luz fatal que centellearon
en las noches de luna, tras las rejas. . . .

Ojos ante los cuales cantan jotas
todos los tocadores callejeros;
ojos que fueron tema de gavotas,
de polkas, de schotis y de boleros.

Ojos siempre evocados en cantares
donde se habla de flores y de luces;
ojos de peteneras, soleares
y malagueñas y aires andaluces. . . .

Ojos brillantes, ojos atractivos,
ojos de animación y de alegría;
ó bien ojos cadentes, pensativos,
ojos de ensueño y de melancolía. . . .

Ojos, á veces, de bondad divina
y de penetración celeste y suave;
que fueron una grata medicina
sobre la fiebre del enfermo grave. . . .

Ojos siempre fulgentes como soles,
más declinantes como en el poniente;

maravillosos ojos españoles,
¡oh! ¿quién dirá vuestra expresión ardiente?...

¿Quién dirá el elocuente abecedario
con que formáis vuestro gentil idioma?...
¿Y quién dirá vuestro mirar tan vario
y vuestra refulgencia y vuestro aroma?...

Ojos de intensa luz, ¡cómo os admiro!...
Ojazos de fulgor, ¡cómo os adoro!
En vuestros luminares yo me inspiro
para cantar mi amor. Puntito de oro

de los ojazos de mi niña bella,
—la niña pecadora y redimida,—
vendrás á ser como una dulce estrella
sobre la densa sombra de mi vida?....

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

Madrid.



LA SEMANA

NOVELLI EN LA ESCENA

(Del "Mundo Ilustrado").

Puedo ya aventurarme á escribir mis impresiones acerca de este artista. Han quedado, por fin, definidas y firmes en mi entendimiento. Voy á clavarlas aquí con la punta de mi pluma para que no tan pronto se las lleve y las arrastre hasta el olvido, el aire de la vida.

Desde luego diré, que cuando veo representar á un actor italiano, recuerdo, sin querer, un episodio del famoso *Viaje*, de Taine. Cuenta el maestro que un día, al cruzar por la calle de una ciudad italiana, se le acercaron á ofrecerle chucherías regionales, algunos vendedores ambulantes. Y anota el curioso francés, cómo todas aquellas gentes mostraban en la actitud, en la gesticulación, en las entonaciones de voz, en los fulgores de la mirada, una extraordinaria facultad persuasiva, un desbordamiento pasional, que eran de seguro ficticios, pero que no dejaban de ser subyugadores. Aquellos hombres del pueblo exageraban su mímica sin ridiculizarla, y sabían despertar el interés y la imaginación y la emoción: su sabiduría era instintiva, nadie se las había enseñado. Eran unos comediantes na-

tos. Y aquí Taine encuentra una esencial característica de la raza.

En efecto, un actor italiano cuenta ya con naturales dotes para la carrera del teatro. El mármol del bloque es excelente para que el cincel y el martillo del estudio, golpeando en la masa, encuentren la escultura. El italiano es vivo de fantasía y rico de emotividad. Está en tensión pasional, casi constante. Tiene una sensibilidad en hiperestesia incurable, que su vivacidad imaginativa exalta y recrudece por instantes. Es ardoroso é impetuoso, más inconstante y tornado en sus impresiones, al punto de pasar de un salto de la ira á la ternura, del éxtasis al arrebató. No es raro, pues, que á esta maravillosa facultad de sentirlo todo, una la no menos maravillosa de expresarlo y transmitirlo todo.

Un actor italiano es frecuentemente un prodigio de expresión. Ermete Novelli es uno de los más altos y nobles ejemplares de arte escénico que ha producido aquella tierra pródiga en genios del tablado. De entre los que viven en la actualidad, ninguno tal vez concreta y sintetiza mejor que él, el es-

píritu de su raza. Por su asombrosa ductilidad, por su delicado temperamento, por su extensa gama sensorial, pocos habrá que le igualen y ninguno que le aventaje en reproducir, de modo tan extenso y completo, ese mundo de almas disimulas, desde el grotesco personaje de la farsa, cuya ridícula actitud provoca la hilaridad, hasta la soberana figura de la tragedia, cuya máscara doliente engendra la angustia y despierta, pálido, el sufrimiento.

En Novelli, no sólo por facultad étnica, sino por especial y excepcional aptitud, el sentido de la imitación ha alcanzado un asombroso desarrollo. Cuenta este artista con un organismo vigoroso, con un cuerpo flexiblemente educado, y con un rostro de músculos dóciles al mandato de la voluntad, derrochador de gestos elocuentes. No posee la hermosura de la línea, antes bien, tiene que luchar con una varonil fealdad, que á falta de pureza estatuaria, posee, en grado supremo, la fuerza expresiva. La cara de Novelli, es la de un Dante hecho á gruesos y enérgicos rasgos. Tiene no sé qué aspecto arcaico y singular que trae á la memoria las cabezas, náufragas en sombra, de retratos antiguos y reales: el Carlos VII de Jean Fouquet, el Francisco I de Clouet.... El perfil es numismático. De ahí que en tipos hitóricos ó simplemente de épocas pasadas, él halle manera de *trucarse* á maravilla. El *Shylock*, por ejemplo, es un modelo de disfraz escénico, una verdadera creación plástica del personaje.

Estos son los principales elementos que pone en juego el artista para lo que pudiéramos llamar su mecanismo exterior. Pero todo ello no es, en cierto modo, sino el resultado de una admirable conformación psíquica, conformación de *meneur*, como dicen los sabios, ó, para no dármelas de pedante, de *evocador*, como dice D'Annunzio. Lleva en sí este actor el poder magnético de los sugestionadores de muchedumbres, y al mismo tiempo, la adaptabilidad para recibir de éstas la acción refleja y sugestiva también, con que devuelven la emoción sentida. Es dueño del misterioso secreto de fascinar, y

á la vez, de la impresionabilidad exquisita para sentirse fascinado. Es ésta, en mi concepto, la cualidad eminente de los grandes artistas. Esta, y la de la multanimidad: ser receptáculo de muchas almas y hacer reviviscencias de ellas, es una virtud genial que realizan muy pocos. Muy pocos son los que llegan á ese morboso estado emocional, en el que, sin embargo, queda el *yo* algo vago y crepuscular, pero enérgico todavía para dirigir y analizar la ficción. Son casos de desdoblamiento de la personalidad.

Novelli tiene ese privilegio. Educado, culto, inteligentísimo, no debe á su cultura ni á su inteligencia la mayor parte de su mérito en la representación teatral, sino á su propia naturaleza, á cierta especie de intuición, de adivinación, de predisposición que crea dentro de él almas nuevas y las exterioriza luego con una plasticidad muy vigorosa y pujante. Sí; es un artista que estudia, pero no un actor de estudio. Sin darse cuenta, quizás, hay en él revelaciones de esa inconsciencia elevada á lo sublime que se llama inspiración. Muy disciplinada está en él esta facultad, muy calculada, pero siempre latente. Alguna vez ella es la culpada de rápidos momentos de desequilibrio estético.

Novelli da á sus interpretaciones alto relieve de vida. Antes de entrar en ellas las escudriña, las desentraña, les hunde el escarpelo de una paciente crítica. Y cuando cree estar en posesión del sér que el poeta imaginó, entra con él, triunfante, en la realidad de la escena. Vive sus personajes en la fábula y fuera de la fábula.

Oidlo durante los entreactos en el *camerino*. Gusta de hacer indagaciones analíticas, ya no de la obra de arte, sino también del poeta que le dió forma, y de la época que produjo á éste y á su obra. Gusta de extender su investigación, de universalizarla. Y, compenetrado así, le place no ser únicamente el intérprete, sino, hasta cierto límite, el colaborador. ¡Magna tarea de belleza!

Y mientras Novelli, trucado de *Lear* ó de Luis XI, ó de *Burbero*, habla, y explica, y

comenta, en una verba brillante y fácil llena de imágenes, vivas y violentas, yo he visto que su nerviosidad, su exaltación, toman aspecto patológico. Es en él, espiritualmente hablando, el instante doloroso del alumbramiento: da á luz una alma. Y esta labor, á pesar de que la ha repetido hasta la saciedad en su existencia, no es mecánica, no; es orgánica. Su hiperestesiado temperamento de *animador*, lo fuerza á la tensión nerviosa y al desdoblamiento.

Por eso siento en Novelli la superioridad de la inspiración sobre el estudio. Y asimismo en que es de los que necesitan rodearse de la onda sugestionadora de la multitud. No recurre, no puede recurrir, como otros, á la memoria emotiva que le recuerda gestos y actitudes, reproducidas sin movimientos interiores. Se desespera, cuando un público escaso no le envía la irradiación hipnótica que él necesita para vibrar como una cuerda tensa.

¿Cuál es el diapason de las facultades de Novelli? Va lo apuntamos: el más extenso que pueda imaginarse. En los países latinos, que yo sepa, esa extensión es única. Novelli va desde la *pochade* hasta la tragedia antigua. Se encasqueta el gorro cascabeleado de Pulchinela; se calza el coturno de Edipo. Y su cuerpo lleva la casaca en *Mia moglic noa chic* con la misma desenvoltura que en Nerón arrastra el manto imperial. Tan vasta comarca no es posible que sea igualmente fecunda en frutos.

Novelli es grande en grande; excelso en la comedia; extraordinario en la farsa. La región donde más se ensancha y eleva su genio está en el drama moderno, y en la comedia de costumbres.

Cuando Novelli sube por la escalinata de mármol de la tragedia va preocupado, poseído, sobrecogido del pavor secreto de los dolores sobrehumanos. Para su noble espíritu ese es el ambiente. Ascende para orar ante las tres grandes deidades: el Amor, el Dolor y la Muerte. Pero allí, en el templo sagrado, donde la existencia se amplifica y se borran los límites de la realidad, y los hombres se vuelven símbolos, y la acción

toma las proporciones de un combate contra el destino inexorable, allí Novelli, sin dejar de ser genial, pierde la espontaneidad de su fascinación, el libre sortilegio de su hechicería. Convence, encanta, subyuga; pero él hace un esfuerzo y nosotros también para seguirlo.

El torrente que caía de lo alto sereno y limpio, encuentra, de pronto, un obstáculo imprevisto, y se encabrita y salta espumoso y enturbiado por la cólera. Es el vencedor á costa de su tranquilidad y de su claridad. Esto no quiere decir que Novelli no sepa amar, sufrir y morir en la tragedia. Para morir, sobre todo, es maravillosamente artista. De los semblantes hipocráticos, de los accidentes agónicos, ha hecho un estudio de clínica.

Pero ama y sufre y muere mejor, incomparablemente mejor, en la realidad apasionante de las obras modernas, en los conflictos de la vida actual. Allí su *verismo* hace milagros de arte, y su vena dramática corre diáfana y purísima por el ancho cauce de un sincero naturalismo. *Papá Lebonard* y *Aleluya*, por ejemplo, no son para mí, ni para tantos, tipos de imaginación, sino gentes que convivieron con nosotros, y con quienes juntamente sufrimos, y, por ende, fraternizamos. Y estas soberbias interpretaciones, creaciones, diré con más exactitud, corren parejas con las de las comedias suaves, finas, exquisitas, en donde el alma generosa y amable de Novelli, halla en las frondas del árbol fantástico, calientes nidos para las aves de su ternura. Así son *Miguel Perrin* y *Papá Martin*, papeles de una dificultad tremenda, porque por bajo su blanca sencillez, hay un abismo de sufrimiento humano. De estos deliciosos y candorosos personajes, de estos inocentes ancianos, Novelli hace increíbles miniaturas, frágiles filigranas. Es el suyo trabajo de orfebre, de diamantista, de batihoja. En sus manos toma el oro viejo de estas obras burguesas, tersura y brillo flamantes, y vuelve á esplendor radiosa la luz sobre las facetas opacas de las gastadas pedrerías.

En Goldoni está Novelli como en su casa

—(Y aquí me vino el deseo de escribir un retruécano intencionado: Novelli hizo la casa de Goldoni, un alto é irrealizable sueño de Arte, ¿verdad, caro Novelli?) —Y es que el artista encuentra en el inmortal comediógrafo italiano, campo inmenso para sus arqueologías psicológicas y para sus interpretaciones que tienen por nervio la verdad.

Cuando Shakespeare, en sus comedias y en sus semi-dramas (esta última es clasificación del autor de la Historia de la Literatura inglesa), presenta una oportunidad al actor italiano, para asimilarse un tipo en consonancia con sus facultades, entonces se produce en la escena una obra maestra de interpretación como el *Shylock*.

Y el mismo que obra este prodigio de resurrección shakespeariana en el teatro latino, baja, de tarde en tarde, á los vericuetos de la farsa. Y allí no hace como en el drama, bordaduras, ni como en la comedia, miniaturas; allí hace caricaturas desbordantes de intención y de ingenio.

*
* *

—¿Y la voz?— me preguntó en el teatro uno de esos críticos furibundos é incomprendidos que no están conformes con el



mundo, por el simple hecho de que nadie les hace caso—¿y la voz?

—Amigo mío, convengo. La voz de Novelli es defectuosa. No está bien timbrada, no, señor. Es robusta, pero suele ser opaca. Sin embargo, él sabe manejarla con una discreción llena de talento. Y, le diré á usted, en los *asaltos*, admiro más que el arma, al esgrimidor. Tal vez otro que no fuera Novelli no hiciera nada con esa voz: él lo hace todo. Y luego una dicción tan clara, una pronunciación tan correcta, una emisión tan fácil. . . .

—¡Bah! pero siempre es el mismo. . . .

—¿El mismo Novelli? No, señor; usted lo ve el mismo porque quiere; ó porque no puede verlo de otro modo. Si usted no entra en la acción dramática, si usted no se interesa, si usted no va al teatro á pensar un poco y á sentir un mucho, si usted no se funde en la emoción colectiva, si es usted un indiferente, un incommovible, un. . . entonces tiene usted razón: Novelli es siempre el mismo. ¡Y usted también!

Luis Martínez



EN ALTA NOCHE

¡Señor, Señor! Los mares de la idea
tienen también sus rudas tempestades;
mi espíritu en la sombra titubea
como Pedro en el mar de Tiberiades.

Hierven las aguas en que yo navego,
mi pobre esquife á perecer avanza. . . .
Tú, que la luz le devolviste al ciego,
devuélvela á mi fe y á mi esperanza.

Surge, surge, Jesús, porque la vida
ágil se escapa de mis brazos flojos;
y el alma sin calor, desfallecida,
muy lentamente cierra ya los ojos.

Aparece en la inmensa noche oscura;
las conciencias te llaman. . . . están solas,
y pasa con tu blanca vestidura
serenando el tumulto de las olas.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
(Duque Job).